

ANT-XIX-1281/3

Jabier Lasso de la Vega y Cortezo

---

---

# BIOGRAFÍA

Y

ESTUDIO CRÍTICO DE LAS OBRAS

DEL MÉDICO

## NICOLÁS MONARDES



SEVILLA



1891

Tipografía de la REVISTA DE TRIBUNALES, Rivero 11.

**HESPERIA**  
LIBROS HISPANICOS  
PLAZA LOS SITIOS,10  
ZARAGOZA

STOGRALIA

ESTUDIO CRITICO DE LAS OBRAS

NICOLAS MONARDES



R-41550

BIOGRAFÍA  
Y  
**ESTUDIO CRÍTICO DE LAS OBRAS**  
DEL MÉDICO  
Nicolás Quirós



72 mm.

BIBLIOTECA DE GRANADA

BIOGRAFIA  
Y  
ESTUDIO CRÍTICO DE LAS OBRAS  
DEL MÉDICO

*Nicolás Monardes*



MEMORIA

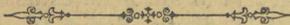
premiada en el Certámen celebrado por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla, en 1890; y escrita por

D. JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO,

Doctor en Medicina y Cirugía; Catedrático de Patología y Clínica Pediátricas de la Escuela de Medicina de Sevilla; individuo de número y Bibliotecario de la Real Academia de Medicina y Cirugía de la misma; correspondiente de las Academias de Medicina de Barcelona, Cádiz, Murcia, Valladolid y Valencia; Individuo de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras; Sócio honorario del Instituto de Ciencias Ecuatoriano; correspondiente de la Academia Gaditana de Ciencias y Letras; Secretario del Congreso Médico Internacional de 1882; etc., etc., etc.



BIOGRAFÍA  
Y ESTUDIO CRÍTICO DE LAS OBRAS DEL MEDICO  
NICOLÁS MONARDES



LEMA

«A los grandes hombres, la patria  
reconocida.»

**N**ADA más oportuno en los momentos actuales que señalar como tema de un certámen público la historia y merecimientos de los médicos insignes que han honrado la patria y enriquecido la ciencia con sus talentos y sus afanes. Hoy, que por una ley fatal de la Historia, se obscurece en el olvido la que fué ayer asombro y envidia de las naciones; hoy que, por incuria de los gobernados y desacierto é ineptitud consiguientes de los gobernantes, se posterga más cada día nuestra España en el camino de la civilización; hoy, que todo sistema, todo descubrimiento, toda bibliografía ostenta autores ingleses, norte-americanos, alemanes, belgas, franceses, italianos y aun portugueses, suecos y rusos, pero no españoles, es oportuno, aunque también doloroso, recordar otros tiempos en que ocupábamos el primer lugar y en que eran las universidades españolas la única cátedra bastante autorizada por su indisputable sabiduría para enseñar á los demas pueblos los secretos de la ciencia en general y de la medicina en particular. Por eso aplaudimos con efusion la oportuna y patriótica idea del Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla, señalando como el tercero de sus temas del Certamen de 1890, la «Biogra-

fia y estudio crítico de las obras del médico Nicolás Monardes.»

No es este ciertamente una de esas grandes figuras que registra la historia científica de nuestro país y ante las cuales es forzoso reconocer nuestra supremacía; pero es, y no sea esto adelantar juicios, una eminencia médica, y además una eminencia *sevillana* que supo colocarse por su propio esfuerzo á la cabeza del movimiento intelectual, para ensanchar desde allí el campo de nuestros conocimientos y la esfera de acción del práctico, llamado á prestar sus auxilios á la cabecera del hombre enfermo.

Mucho complacería al autor de estas líneas poder escribir y presentar á la docta Sociedad, que abre el certámen, una biografía concienzuda y una bibliografía perfecta del ilustre escritor á que nos referimos; pero, como se comprende con facilidad, esto exige, y particularmente el estudio biográfico, una serie de investigaciones prolijas, de búsquedas minuciosas, de viajes quizá, que no pueden realizarse cuando el programa del Certámen se publica el 12 de Marzo, llega á nuestro conocimiento el 24, y el trabajo ha de entregarse en la secretaría correspondiente antes del 15 del presente Abril.

Encomendándome, pues, á la benevolencia del Tribunal que ha de juzgarme, paso á desarrollar el tema propuesto, en los mismos acertados términos que determina el programa; esto es, exponiendo:

- 1.º La biografía de Nicolás Monardes;
- 2.º Las obras escritas por este autor, y el estudio ó juicio crítico de las mismas.

## I

En esta primera parte de nuestro trabajo vamos á ceñirnos estrictamente al plan ya indicado, ocupándonos tan sólo de la biografía de Monardes, de su vida particular; anotando con especial interés cuanto á su historia se refiere, abstracción hecha, en lo que cabe, de su obra científica, á la cual consagraremos la segunda parte y la casi totalidad de esta memoria, máxime cuando es este el concepto que realza su figura y eterniza su recuerdo, y

cuando tan escasas son y tan contradictorias las noticias que hoy se poseen de la vida del insigne médico sevillano.

Nicolás Monardes nació en Sevilla: acerca de este punto se hallan en unánime acuerdo todos sus biógrafos. Fundandose el sabio historiador Hernandez Morejon en los datos suministrados por un alegato impreso, sobre un pleito que tuvieron los hijos de aquel médico, despues de su fallecimiento, con un tal Nerozò, asegura que nació en 1493.

No existen, á lo menos en obras publicadas, noticias relativas á los padres del insigne científico; ignorándose pues los nombres de sus progenitores, el segundo apellido del escritor, la posición social que ocupaban aquellos, la calle y poblacion en que nació su hijo y otros detalles que, si bien no son lo esencial en esta clase de trabajos, ni esplican ni influyen directamente en los méritos y talentos del autor, son siempre interesantes y curiosos y suelen proporcionar indicios del modo cómo se han desarrollado las aficiones científicas, de cómo se ha revelado la vocacion del biografiado, cómo esta ha vencido los más poderosos obstáculos para desenvolverse, y cómo á veces ha influido la herencia dotando á un individuo de aptitudes especiales para un género de estudios ó de aplicaciones á que se han dedicado numerosos miembros de la familia, de lo cual podríamos citar multiplicados ejemplos; ó como el estudio, la necesidad, la imitacion, la influencia del medio, en una palabra, han dado á cierta inteligencia la idoneidad adquirida, ya que no fué heredada ó, como si dijéramos, innata ó expontánea.

El conocimiento de estas influencias hereditarias, que han sugerido á T. Ribot sus bellísimos trabajos sobre la herencia psicológica, y á Dacobi sus magistrales investigaciones acerca de la seleccion y la herencia en el hombre, dan á estos detalles biográficos toda la importancia que se complace en reconocerles el insigne Mandsley, y obligan á los historiadores contemporáneos á investigar, analizar y exponer minuciosamente las más insignificantes circunstancias de la educación y vida privada de los hombres, como base que desarrolla, modera

ó escita las energías internas, determinando en conflicto con ellas el sentido de la resultante. Mas ya porque sus contemporáneos no estimaran en Monardes lo que estimó la posteridad; ya porque el conocimiento de estas leyes, que rijen el espíritu humano, no se hubiese popularizado lo bastante, apesar de haber sido nuestro compatriota Juan de Dios Huarte el primero que bajo otra forma las proclamó y sistematizó en cuerpo de doctrina en su inmortal y sublime *Examen de ingenios*, publicado por vez primera en Bilbao en 1580, sepultado prontamente en los subterráneos del Santo Tribunal de la Inquisición y reimpresso por los extrangeros en Strasburgo, en Auchal, en Dena, en Colonia, Venecia, Roma, León y Paris, ó ya porque se hayan perdido ó diseminado los originales ó documentos necesarios, ello es que ningun biógrafo de Monardes, conocido por nosotros, ni tampoco los autores de las mejores y más completas Historias de la medicina española, exponen dato alguno referente á los particulares mencionados, ni á la educación primera ni segunda de Monardes.

Renunciando, pues, á la exposición de estos detalles, y continuando el desenvolvimiento de nuestro tema, diremos que, ya por particular inclinación, ya por otra circunstancia, el hecho es que Nicolás Monardes se dedicó al estudio de la ciencia médica.

Ignórase á qué edad, y no están conformes los autores en cual fué la Universidad en que recibió enseñanza y títulos facultativos; pues mientras Chinchilla en sus *Anales* afirma que cursó en la Universidad de Sevilla, D. Nicolás Antonio, Dourdán, Hernández Morejón y Arana de Varflora, dicen que en Alcalá de Henares.

Lo mismo opinamos nosotros; mas como no basta adherirse á esta ó la otra idea para justificar nuestra creencia, expondremos brevemente las razones en que nos fundamos y que nos parece dan sólida base á nuestra elección.

En efecto, en la edición de 1574, que es la que nosotros poseemos y de la que no hacen mención por cierto Morejón ni Chinchilla, tirada «En Sevilla en casa de Alonso Escribano Impresor, en la calle de la Sierpe», de

la *Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina* y al fólío segundo vuelto, dice Monardes textualmente: «Púdelo hacer juntamente con la experiencia y vso dellas de quarenta años que ha que curo en esta ciudad.»

Es decir, que en 1574, fecha de la edición citada, hacia cuarenta años que Monardes experimentaba y usaba medicamentos en Sevilla, y, por tanto, cuarenta años que ejercía y que era médico; siéndolo, pues, en 1534, según el testimonio de sus palabras, sino lo era todavía desde época anterior.

Ahora bien, por más que desde 1472 fabricaba una casa con objeto de fundar una Universidad el Arcediano de reina de la Catedral de Sevilla D. Rodrigo de Santaella; por más que el Cabildo de la misma ciudad hubiese pedido á los reyes D. Fernando y doña Isabel las licencias competentes para poder fundar escuelas de estudios, como enotra parte del reino; por más que esto fuese concedido «para ennoblecer esa dicha ciudad» por Real Cédula, que no creemos necesario transcribir, sellada y fechada en la M. N. ciudad de Sevilla á 22 de Febrero de 1502; por más que el Arcediano Santaella solicitase del Pontífice Dulo II y obtuviese facultad para fundar colegio y Universidad, por bula dada en Roma á doce de Julio de 1505; por más que el susodicho Santaella obtuviese en 1508 y del mismo Julio II importantes privilegios para su escuela, llamada vulgarmente de Maese Rodrigo, aludiendo al repetido D. Rodrigo de Santaella, que murió sin ver coronada su empresa en 20 de Enero de 1509, dejando poder á D. Alonso de Campos, Canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla, para que diese cima á su proyecto; á pesar de todos estos esfuerzos y concesiones, es lo cierto que hasta 1572 no se establecieron en la Universidad de Sevilla cátedras de Medicina.

Luego si en 1572 se inauguraba la enseñanza médica en esta capital y en 1574 llevaba Monardes cuarenta años de ejercicio profesional, lo que equivale á estar autorizado para ello desde 1534, claro es que no pudo estudiar medicina en Sevilla, en donde no hubo cátedras de

esta ciencia hasta treinta y ocho años después de ser yá médico Monardes.

Así pues, y sin que hagamos valer la autoridad y competencia unánimemente reconocidas en D. Nicolás Antonio, Jourdan, Arana de Varflora y Hernandez Morejón, y sin recurrir á un escrutinio en que el voto de Chinchilla quedaría solo enfrente de los otros cuatro, podemos establecer como cierto que Nicolás Monardes no estudió en Sevilla.

En cambio debemos aceptar como verdadera la versión de los autores que afirman ser la de Alcalá de Henares la Universidad donde cursó nuestro sabio sevillano. Desde 1500 en que la fundó aquél ínclito varón, aquél eminente Cardenal Jimenez de Cisneros, que tanta gloria supo recabar para sí y para su patria, y que eligió para las cátedras de Medicina maestros tan insignes como el Dr. Tarragona, Pedro de León, Juan Reinoso y Antonio de Cartagena, fué aquella Universidad, primera que tuvo cátedra de Botánica, desempeñada por el célebre Antonio de Nebrija, fue, decíamos, semillero de médicos esclarecidos, como la llama un distinguido escritor, y la que dió al estudio de la Medicina griega el impulso más poderoso que ha recibido en España.

Y no es circunstancia de escaso interés la de haber recibido la Medicina griega en nuestro país y en esta época y Universidad el considerable impulso á que hacemos referencia. En los tiempos que mencionamos, cuando espiraba la Edad Media con sus estrechas miras y místico ascetismo, y las artes y las letras y las ciencias cobraban nueva vida, renacían con la levadura, si así vale decirlo, del paganismo griego, á cuya cultura, la más armónica que registra la Historia, volvian los ojos en busca de modelos en todas las manifestaciones de la actividad humana, los hombres más eminentes de esta edad que se llama por eso del Renacimiento, en estos dias de regeneración, si era gran adelanto para todos los pueblos resucitar los ideales y renovar las doctrinas de la antigüedad clásica, para España, donde habian florecido las ciencias en general y la Medicina en particular bajo la dominación árabe, mientras Europa se oscurecía en la

ignorancia, para España, decimos, era doblado progreso unir las lecciones de Hipócrates á las que aquí nos habrán dado Abenzoar, Aberroes y Albucasis. Era marchar á la cabeza de la civilización estudiar, comentar, ampliar y aplicar la Medicina griega y la medicina hipocrática, y nuestra pátria, que era entonces emporio de todo lo heróico y todo lo grande, daba en este punto ejemplo á las naciones. No vivíamos y nos nutríamos como hoy con traducciones de obras extranjeras, sin que nadie se tomase la molestia de verter ó reimprimir las nuestras. Por no citar más ejemplos que uno diré, que solo de las obras de nuestro Valles de Covarruvias, apellidado el *Divino*, se hicieron fuera de España las ediciones siguientes, en los años que tambien consignamos: Turín 1587 y 1588.— Colonia 1589.—Padua 1591.—Francfort 1582, 1590, 1595 y 1608.—Basilea 1590.—Venecia 1591.—Hannover 1606,—Nápoles 1621,—Aurelia 1654.—París 1663 y León 1588, 1592, 1595, 1622 y 1625. Otro tanto podríamos decir de Antonio Luis, Alfonso de Valladolid, Bustamante de la Paz, Cristóbal Vega, Gabriel de Zaragoza, Santiago Segarra; Lázaro de Soto, Santiago Esteve, Rodrigo de Fonseca y Tomás Rodríguez Veiga y otros innumerables maestros de saber cuyas obras han recorrido el mundo.

En cambio no se puede citar una sola obra extranjera relativa á la medicina hipocrática que se haya traducido á nuestro idioma ó de la que se haya tirado una sola edición en España. En aquellos tiempos felices para el honor nacional, las eminencias médicas y no médicas salían de España á enseñar; las eminencias extranjeras habían venido á España á aprender. Y no habiendo facultad de Medicina en Sevilla en la época en que hacía sus estudios Nicolás Monardes, y siendo la de Alcalá de Henares tan renombrada, no es extraño que este distinguido sevillano concurriese á aquellas cátedras y adquiriese allí los profundos conocimientos que le elevaron á la categoría de sabio. Admitido esto por las razones antedichas cumple á nuestro objeto determinar si concluida su carrera y autorizado para ejercerla pasó á las Indias, como afirma uno de sus biógrafos, ó si se estableció en algún punto de

la península, fuese éste Sevilla ú otro cualquiera. Tampoco es este problema resuelto por la crítica. Por nuestra parte nos inclinamos á creer que Nicolás Monardes nunca estuvo en Indias y vamos á exponer los fundamentos de nuestra opinión.

Si es cierto que nuestro biografiado murió de 95 años de edad en 1588, el año de 1574 en que publicó la edición que poseemos de su Historia medicinal tendría 81. Si á los 81 años llevaba como dice y ya hemos transcrito cuarenta años de curar en esta ciudad es indudable que se estableció en ella como médico de edad de 41, y no siendo probable, aunque sí posible que hubiese entonces acabado de terminar sus estudios por ser esta edad algo avanzada para ello, parece que acaso estuviese en Indias el tiempo transcurrido desde que concluyese su carrera hasta cumplir los 41 años á que se refiere. La circunstancia de no conocerse documento ni escrito alguno en que se hiciese referencia á haber desempeñado la titular de algún partido como era caso frecuente en los principiantes y hasta el hecho de ser Monardes á la par que médico mercader caudaloso como consta en los documentos referentes al ya citado pleito que con Nerozo sostuvieran sus hijos, parecen ser todos indicios de que hubiese emprendido el susodicho viaje y ejercido la medicina en Indias en donde dedicado al par al cambio de productos como tantos otros que allá fueron, hubiese adquirido el rico caudal que era allí y con el comercio más fácil de reunir que en Sevilla.

Todos estos razonamientos inducen á pensar que en Indias estuvo Monardes el tiempo transcurrido desde la terminación de su carrera hasta su establecimiento definitivo en Sevilla en 1534, pero es también cierto, que, por más lógicos que sean carecen de fundamento sólido, siendo solo una suposición que en ningún hecho bien comprobado se apoya, y por otra parte, y esto es lo más esencial, se hallan contradichos por las palabras mismas del conienzudo escritor en cuyas obras nada se encuentra ó nada al menos hemos encontrado nosotros que ni aún remotamente deje entrever la estancia de Monardes en los países donde procedían las sustancias medicinales cuyas virtudes curativas relatan sus escritos.

Así, si examinamos los capítulos de su Historia Medicinal, veremos que al ocuparse del tabaco, dice: «De pocos años a esta parte se ha traydo a España mas para adornar jardines.... que por pensar que tuuiese las marauillosas virtudes medicinales que tiene» Hablando de la cebadilla dice: «Traen ansi mismo de Nueva España....» Después de hablar de la sangre de Drago, se expresa así: «Diome una goma que traen de tierra firme del Perú....»

No insistimos en reproducir frases semejantes; baste decir que cuantas sustancias medicinales describe, otras tantas veces repite palabras por las que dá á entender que dichos productos americanos le fueron conocidos por háberseles traído ó enviados gentes que fueron allá. En uno de sus capítulos dice este escritor: «Quiero poner aquí vna carta que vn gentil hõbre del Perú me enbió avra dos meses... El modo que traya la carta era este. Venia vn pliego como de cartas enbuelto en vn enzerado tãbien puesto que podía pasar á cualquier parte por lexos que fuesse. El qual abierto hallé una caxita hecha de vn pedaço de corcho bien grueso concauado que era bien de ver y en lo hueco del veniã las yeruas y simiètes que dirá la carta; cada cosa escripta lo que es y en vn lado del corcho concauado vn poco veniã tres Piedras Bezaares tapadas con vn pergamino cõ su bera bien á recaudo. La carta venia debaxo, de muy menuda letra y algo dificil de leer. El sobre escripto dezia desta manera=Al muy magnífico Señor mi señor Doctor Monardes médico en Seuilla.=Muy magnífico Señor y muy nombrado Doctor etc., etc.»

A continuación inserta Monardes el texto al parecer íntegro de esta carta, fechada «De Lima, en el Perú, á veynte y seis de Diziembre del año de mil y quinientos y sesenta y ocho» y firmada por «Pedro de Osma y de Xara y Zejo» soldado español que hacía más de 28 años que «andaba perègrinando por todas estas Indias» habiendo rrecorrido Méjico, Perú, islas del Marañón y la Florida, y el cual remite á Monardes muestras de sustancias medicinales é indicación de sus aplicaciones. Terminada la carta dice nuestro autor: «Yo prouocaré rescruuiéndole nos

enbié mas cosas pues será gran riqueza saber los secretos y marauillas de naturaleza.»

Ahora bien, ¿se deduce de lo antedicho que Monardes haya estado en las Indias Occidentales? Seguramente que no, antes al contrario, dáse á entender muy claramente que jamás estuvo; que sólo por envió hecho desde allí y por referencia de sus virtudes, usó estas sustancias; y si bien fué el primero ó uno de los primeros que escribieron de la existencia y propiedades de estos productos débese á la circunstancia que expone el mismo autor en los renglones siguientes:

«Y ansi como se han descubierto nueuas Regeones y nueuos reynos y nueuas prouincias por nuestros Españoles, ellos nos han traydo nueuas medicinas y nueuos remedios con que se curan y sanan muchas enfermedades.... Las quales cosas aunque algunos tienen noticias dellas no son comunes á todos; y por esto propuse tractar y escriuir todas las cosas q *traen* de nuestras Indias Occidentales que siruen al arte y vso de Medicina para remedio de los males y enfermedades que padecemos: de que no pequeña vtilidad y no menos prouecho se consigue á la de nuestros tiépos y tâbien á los q despues de nos viuieren, de lo qual sere el primero para q los demas añadan con este principio lo que mas supieren y por experiencia mas hallaren.»

Y como en esta ciudad de *Sevilla que es puerto y escala de todas las Indias Occidentales sepamos dellas más que en otra parte de toda España por venir todas las cosas primero á ella*, «do con mexor relacion y con mayor experiècia se saben, pudelo hacer etc.»

Creemos basta con lo expuesto para demostrar que Chinchilla incurre en inexactitud al decir «Monardes estudió la Medicina... y concluida pasó á las Indias en cuyo pais la ejerció por algún tiempo etc.»

Por otra parte ¿cómo se concibe que ni una sola vez haga este hombre referencia en sus escritos á aquellas lejanas regiones, ni indique haber visto en ellas las sustancias que describe, las localidades en que se producían ó extraian, ó los casos, ó razones en que los indígenas le habían mostrado sus virtudes? ¿Cómo se explica que ja-

más hiciese relación de otros sucesos en sus muchos escritos y que, por el contrario Pedro de Osma, que estuvo en Indias, en solo una carta que escribió á Monardes refería prontamente cómo se obtenían y donde se hallaban estas plantas y cuán difícil era hacer revelar sus virtudes á los indios «porque los indios como gente mala y enemiga nuestra no descubrirán un secreto ni una virtud de una yerua aunque nos vean morir y aunque los assierren; que si alguna cosa sabemos... se sabe de las indias; que como se embuelvê cô Españoles descubrenles y dizêtes todo lo que saben»? ¿Cómo Monardes jamás se explica en estos términos expresivos de una investigación inmediata, personal y directa, y en cambio siempre habla de conocer las sustancias por haber sido *traídas* de las Indias?— Y si Monardes las estudia y describe tan minuciosamente desde aquí, habiendo estado allí, ¿cómo no habria realizado con mayor afán y amplitud estas investigaciones?

Ultimamente, Hernández y Morejón, cuya autoridad es por lo ménos tan respetable como la de Chinchilla, dice textualmente: «Monardes... ejerció... en su pueblo natal donde estuvo avécindado toda su vida, y no consta que se ausentase de él.» Cuya afirmación unida á las razones y hechos expuestos, dá motivos suficiente para establecer como cierto que Monardes jamás estuvo en Indias.

Terminada, pués, su carrera, establecióse en Sevilla, donde ejerció la profesión continuadamente á pesar de sus riquezas, por lo menos desde 1534 hasta que falleció. Debíó gozar de gran renombre entre sus contemporáneos, á juzgar por los dictados y alabanzas que mereció, tanto de las personas más extrañas á la ciencia, como de los doctos y eruditos. Así se explica que llegara á sus manos desde Lima á Sevilla la carta que Pedro de Osma le dirigía sin más señas de domicilio que «Al muy magnífico señor, mi señor Doctor Monardes, médico en Sevilla.» Así se explica que llegara hasta Lima y á conocimiento de Pedro de Osma, el mérito de Monardes, á quien dice aquél: «Cosa muy nueva parescerá á Vm... escriuir á v.m en cosas de su facultad siendo un soldado que he seguido la guerra en estas partes toda mi vida... yo señor,

aunque no tengo letras soy aficionado á los hombres doctos y assi lo soy á v.m por lo que he entendido de sus libros y por la fama que v.m tiene en estas partes que es grande, aunque yo no le conozco.»

Dan también á entender el renombre de Monardes las alabanzas y poesías que le dedicaron extranjeros y compatriotas, y entre las cuales podemos citar un soneto en latín: «In laudem Doctissimi Nicolai Monardis Medici Hispalensis»; el soneto español de renombrado autor que transcribe Chinchilla, y que fué inspirado por el libro que trata de la nieve «Y el elogio hecho por el Illvst. San Gonçalo Çatienco de Molina al Retrato del autor que se vee en su Museo.» Renunciamos á copiarlo y copiaremos todo lo menos posible, párrafos y escritos de Monardes, porque con hacerlo llenaríamos sin duda muchas páginas; pero ni es éste el objeto del tema, ni éstas copias constituyen mérito alguno ni son tan raras las obras de Monardes que no las conozcan los lectores de éste trabajo, si algún día se publicara. Puesto que las poseemos, fácil nos sería copiarlas; pero conste desde ahora, que sólo lo haremos cuando de las palabras del texto se deduzca algún principio importante, y áun ésto, abreviando y con la mayor sobriedad posible.

Demuestra también la importancia que alcanzó Monardes, el hecho de ser médico de la Duquesa de Bejar, como se desprende de la siguiente dedicatoria que figura al frente de una de sus obras: «A la muy Excelente Señora Duquesa de Bejar, Marquesa de Ayamôte y de Gibrleon, Condesa de Benalcaçar y de Bañares, Señora de las villas de Burguillos y Capilla y Curiel con su partido, mi Señora. El Doctor Monardes, su médico. Salud.» Desempeñó éste mismo puesto cerca del Arzobispo de Sevilla, D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, y fué también médico del Duque de Alcalá, á quien dedicó el Diálogo del hierro, cargos que, como es sabido, estaban desempeñados por hombres eminentes y de gran fama y autoridad.

Grande debía ser el renombre de Monardes si tenemos en consideración la prontitud con que se agotaron y reimprimieron sus obras, de lo que hablaremos más ade-

lante con mayor detenimiento, y si nos paramos á observar con qué empeño y prontitud se apresuraron á traducirlas y publicarlas en países extranjeros hombres de merecida celebridad; y así lo dá él mismo á entender, aunque modestamente en uno de sus prólogos, en que dice: «Los dias passados escriuí vn libro... que cierto ha sido tenido en aquella estimacion que las cosas que en el se tratan merecê.»

De su carácter moral, solo podemos decir que brillaba en él la modestia, que es patrimonio de la verdadera sabiduría, y que se evidencia en los últimos renglones que acabamos de transcribir y en que atribuye á las cosas que trata y no á los talentos del autor la estimación en que han tenido su libro. Modesto aparece y además poseído de un elevado y claro concepto de la ciencia médica, cuando dice: «Seré el primero (en escribir de éstas plantas) para que los demás añadan con este principio lo que mas supieren y por experiencia mas hallaren.» En todos sus trabajos se advierte un acento de verdad y sencillez, que han sido siempre cualidades morales coexistentes, casi correlativas; en el sentido biológico de la palabra, de la penetración profunda, imaginación viva y juicio claro; y revistiendo el conjunto de sus obras como revisten caracteres no de trabajos teóricos, sino de investigaciones prácticas y experimentación detenida, bien se concibe que su existencia pasó entre el estudio de los clásicos y coetáneos, la observación de sus enfermos y la redacción de sus obras. Debió ser su régimen metódico y morigerado y en nada dañoso á la mejor conservación de sus fuerzas físicas, puesto que á los ochenta y un años estaba en condiciones de escribir y trabajar, y vivió hasta los noventa y cinco años, como consta por los documentos del alegato del pleito á que ya nos hemos referido.

Sin embargo, no están de acuerdo todos los antecedentes. Arana de Varflora y D. Nicolás Antonio dicen que falleció en 1588, y acaso en 1578. Luis Moreri también duda, y se inclina más á 1578. Estos son los datos obtenidos en nuestras investigaciones por archivos y bibliotecas. Ultimamente, en la Biblioteca Colombina hemos encontrado un manuscrito en fólío, titulado «Claros

varones en letras naturales de esta ciudad de Sevilla que juntaba el Licenciado Rodrigo Caro, etc.» Trae la biografía de Nicolás Monardes al folio 185; copia á Nicolás Antonio, y al terminar dice: «En una nota de un libro dize dicho Don Nicolas Antonio que halló que el dicho Nicolas Monardes habia muerto en el mes de Octubre de 1588, pero si se ha de creer la tabla que está en el Convento de San Leandro desta Ciudad de Sevilla de Religiosas Agustinas, donde otro Nicolas Monardes está enterrado, claro dice que murió año 1578.» En una nota marginal añade Rodrigo Caro: «Hoy ya no existe esta Losa: quitaronla quando se soló de nuevo la Iglesia, año.... estaba junto al Choro y Altar de el Santo Cristo; entonces se descubrieron sus huesos y permanecian incorruptos.»

Como detalles particulares de su vida, que, en nuestras investigaciones, hemos podido hallar, diremos que en el Archivo del Ayuntamiento de ésta capital se halla un manuscrito en la colección de Hijos ilustres de Sevilla, carpeta 3.<sup>a</sup>, en el cual figura una instancia del doctor Pedro Gómez, en que dice, que habiendo por orden visitado y curado en su compañía el señor Thomé Sánchez Ronquillo y doctor León, los pobres enfermos de enfermedades pestilentes de la carreteria y arrabales del arenal, diez y siete dias con diligencia y mucha caridad y para que el trabajo de dichos dias se le pague, tiene necesidad del favor del Cabildo y de que se le haga merced de darle certificación etc., y certifica de la certeza de lo expuesto, Monardes en estos términos: «A mi me consta que el señor Thomé Sanchez ronquillo, cirujano y barbero visitó con el Doctor p.<sup>o</sup> gomez y despues con el Doctor Leon los dias que dijo que fueron diez y siete. Vuestra merced le puede dar libramiento dellos y quedo b. l. m. de vm El Doctor Monardes.»

Este manuscrito autógrafo, que demuestra la autoridad y el respeto que merecia Monardes, va adornado de su firma, lo que aumenta su raro valor.

También hemos encontrado otra firma del mismo en los papeles de la antigua casa de contratación, los que hemos examinados por saber que recibía de Indias espe-

cies medicinales y ser además mercader caudaloso. En los «Papeles de 1563.—Signatura 41.—6—1/36,» dice así: «Doctor Monardes.—En 1562, pide á la Contratación en nombre de Pedro de Dueñas Sarmiento señor y Maestro de la Nao, *Nuestra Señora de la Ayuda*, que se le permita alijar mercaderías para poder pasar los bajos.» Trae su firma. También en éste caso parece que se interpone su influencia y autoridad para obtener la concesión solicitada.

En el Archivo municipal: «Colección del Conde del Aguila». Tomo 3.º=Letra A.=Aguas de Sevilla.=Manuscrito núm. 7.=Razon de las cañerías de Sevilla, se dice: «De la cañería del Duque de Medina y del Almacén situado en la calle de la Sierpe, paredes de poniente, tomaba agua Juan Gomez de Espinosa para sus casas situadas en la dicha calle de la Sierpe y que fueron del doctor Monardes. (Persona competente congetura que debió estar dicha casa de Monardes en la esquina de la calle hoy llamada del Azofaifo.) Lo cual comprueba que era Monardes hombre acaudalado y que poseía fincas en la calle más céntrica de la ciudad, por más que no podemos apreciar cual fuera su casa habitación.

Respecto del retrato que existe en la Biblioteca Colombina, solo podemos decir que lo pintó en 1860 D. Manuel Barron, tomándolo de un gravado que facilitó el literato D. Juan José Bueno, y que probablemente sería el retrato de Monardes grabado en madera que adornaba la edición de 1569 de la Historia Medicinal.

Tal fué la vida de Monardes, y como basta la exposición de los escasos datos que de ella poseemos para apreciar en él un carácter, no insistiremos, prodigándole frases encomiásticas y entusiastas que en nada aumentan el mérito indiscutible del célebre médico hispalense.

No estrañará el ilustrado tribunal á cuyo juicio y superior criterio ha de someterse este incompleto trabajo la escasez de los datos y detalles biográficos que se nota en esta disertación, pues no se ocultará á su suficiencia, cuán pocas son las noticias que de este escritor nos trasmite la Historia y cuán escaso es por otra parte el tiempo de que puede disponerse para investigar de-

talles que, en último caso, más bien nos revelarán circunstancias generales de la vida, que peculiaridades de su carácter.

Con lo expuesto, debemos dar por terminada la primera parte de nuestra disertación, tocándonos ya ocuparnos del estudio crítico de las obras, pero vamos á detenernos en un detalle que no podemos omitir, á causa de su especial interés.

Nos referimos á lo siguiente: ¿Se ha establecido confusión entre dos personalidades ó de una sola se han hecho dos, ya por tener el mismo apellido ó por haber enlazado éste con distintos nombres? Juan Bautista Monardes y Nicolás Monardes, ambos sevillanos, ambos médicos, ambos establecidos en Sevilla, ambos escritores de Medicina y especialmente expositores del valor de las sustancias medicinales importadas de América y coetaneos entre sí ¿son una sola personalidad como sostienen algunos ó dos escritores diferentes sin lazo de parentesco á pesar de la chocante igualdad de apellido y de condiciones que hemos manifestado?

Es verdaderamente estraña tal serie de coincidencias y fácilmente pudo esto originar la confusión de personalidades en que incurrieron D. Nicolás Antonio y Dourdan que no mencionan á Juan Bautista y atribuyen á Nicolás la obra de aquél titulada «Diálogo llamado Pharmaco-dilosis ó declaración medicinal: nuevamente compuesto en Sevilla año de 1536.» Hállanse al principio de la obra unos versos latinos en loor de Juan Bautista sin firma del autor de ellos y está dedicada al «Célebre Doctor Diego Ferreo ó del Hierro» á quien llama Monardes sobresaliente en todas las artes liberales y honra del arte médica. Consta esta obra de solo cinco hojas sin foliar y es extraordinariamente rara. Al finalizar el prólogo justifica la concisión de su trabajo manifestando que se reservaba ampliarlo mucho más en otro que pensaba publicar sobre la «verdadera descripción de todas las yerbas que hay en España y otras regiones y la verdad de lo que son y cómo se llaman en griego, latin, arábigo y así mismo en nuestro vulgar castellano.» Obra que no llegó á imprimirse.

En su Pharmacodilosis, escrita como ya se ha indicado en forma de diálogo figuran dos interlocutores, médico el uno llamado Nicolas y boticario el otro denominado Ambrosio, y acaso el nombre dado al primero pudo influir en el error, por mas que no era lógico atribuir la paternidad de la obra á Nicolás Monardes solo porque uno de los personajes se llama Nicolás. Sin embargo en este mismo error incurre el impresor de la Historia medicinal de Nicolás Monardes á quien atribuye la Pharmacodilosis, suponiendo que nuestro biografiado la escribió cuando era muy jóven.

Un exámen más prolijo descubre la realidad de las cosas. En la edición de sus obras de 1574 incluyó Nicolás Monardes todas sus publicaciones anteriores relativas á especies medicinales; y, cómo no figuró en ella la Pharmacodilosis impresa con 38 años de anticipación á esta fecha? ¿Cómo en ninguno de los escritos auténticos de este autor se remite ó hace referencia á la llamada de Pharmacodilosis?

Últimamente el concepto dominante en la citada obra y que establece una diferencia fundamental respecto de las de Nicolás Monardes, es el de censurar la propensión escesiva que mostraban sus contemporáneos á usar y abusar de las medicinas llamadas ultramarinas, dejándose arrastrar por la corriente de la novedad y de la moda más que por el juicio sereno y la experiencia adquirida, segun la cual, serian en muchos casos preferibles las especies indígenas de propiedades conocidas y más experimentadas, á las exóticas, que no se hallaban aun en esas condiciones.

Este contraste que ofrecen ambas obras, innovadora la una y conservadora la otra, acaba de fundar sólidamente la diferencia de criterio y de personalidades entre Nicolás y Juan Bautista Monardes, de quien no damos nuevos detalles biográficos porque no es este el objeto de nuestras investigaciones y sí sólo el de demostrar la injustificada confusión que por algun autor se ha hecho entre nuestro biografiado y su coetaneo. Con lo cual damos por terminada la primera parte de nuestro trabajo y pasamos á la segunda, ó sea «estudio crítico de las obras de Nicolás Monardes».

## II

En esta parte de nuestra disertación no haremos otra cosa que consignar cada una de las obras de nuestro autor y el juicio que individualmente nos merecen. Estas son:

1.<sup>a</sup> De secanda vena in plenitide inter grecos et arabes concordia, ad hispalenses medicos. Sevilla. En casa de Domingo de Robertis 1539, en 4.<sup>o</sup>.

Tambien fué impresa en Amberes en 8.<sup>o</sup> en 1564.

No nos ha sido posible hallar ejemplar alguno de esta obra que dudamos además exista hoy. Chinchilla no hace mención de ella, pero sí Don Nicolás Antonio, Arana de Varflora y Hernandez de Morejón. Por la diligencia de estos autores y en especial del último, sabemos que Monardes trata en esta publicación, que debió ser un opúsculo ó folleto, trata decíamos, de conciliar los discordes pareceres que desde los árabes habian dividido á los médicos acerca del lado en que debía practicarse la sangría en la pleuritis, y tambien procura concertar las opiniones en otros puntos en que árabes y griegos no estaban de acuerdo. No poseyendo la obra ni sabiendo de persona ni biblioteca alguna á que recurrir, ni diciéndose más de lo indicado en los extractos que sus expositores hacen de ella, no extrañará el ilustrado Tribunal designado por el Ateneo de excursiones que seamos tan parcos en noticias de esta publicación.

2.<sup>a</sup> De rosa et partibus ejus: de succi rosarum temperatura: de rosis persicis seu Alexandrinis: de malis, citris, aurantüs et limonüs libellum. Diose á luz esta obra en 8.<sup>o</sup> en Amberes: Casa de la viuda de Nutio. Segun Don Nicolás Antonio, se publicó en 1565; segun Hernán-

dez y Morejón en 1568 y segun Arana y Varflora en 1576. Ni podemos decir cual de los tres está en lo cierto ni si por acaso lo están los tres á causa de haberse tirado tres ediciones correspondiendo cada una de ellas á cada uno de los años citados. Ni la poseemos ni sabemos tampoco de biblioteca particular ni pública que la posea. Solo por la referencia que de ella hace Morejón podemos asegurar que «trae muchas curiosidades con respecto á los vegetales que se mencionan en el título de la obra.» Las citadas son las únicas que escribió Monardes en latin siguiendo el uso de la época, más culta en esto que la nuestra, pues bastaba saber este idioma para estar al corriente de cuanto se escribía en toda Europa, fuese cual fuera el idioma pátrio del autor, y para conocer todos los clásicos y escritores antiguos. Así es que, con frecuencia, las obras de nuestros españoles redactadas también en latin, eran, no traducidas, sino reimpresas en países extranjeros. En nuestros tiempos de mayor cultura no es ya el latin la lengua médica universal y un español necesita para conocer su ciencia poseer siquiera, además del idioma pátrio, el latin, el francés, italiano, inglés y aleman en que se escribe principalmente de medicina, renunciando por lo demás el dinamarqués y el ruso. No siempre adelanta el progreso con los años.

3.<sup>a</sup> Tratado del efecto de varias yerbas, impreso en Sevilla en 8.<sup>o</sup> en 1571. Respecto de esta obra, nada podemos decir por las razones espuestas al referirnos á las anteriores. En el mismo caso nos hallamos respecto de la

4.<sup>a</sup> De varios secretos y experiencias de medicina: lib. 3 en fólio Leyden: 1605. Esta obra fué vertida al latin después del fallecimiento de Monardes por Cárlos Clucio.

5.<sup>a</sup> Libro que trata de todas las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales que sirven al uso de medicina.

De esta obra hacen mención Arana de Varflora y Don Nicolás Antonio con el título siguiente: De las drogas de las Indias. Dos tomos: Nosotros poseemos un ejemplar, que dice así: «Primera parte del libro que trata de las cosas que se traen de las Indias Occidentales que sirven al

vso de Medicina y de la órden que se ha de tener en tomar la rayz del Mechoacan. Do se descubren grandes secretos de naturaleza y grandes experiencias. Hecho y copilado por el Doctor Monardes Médico en Sevilla. En Sevilla en casa de Alonso Escriuano Impresor en la calle de la Sierpe: 1574. La primera impresion fué en 1565.

Visto por el autor el buen éxito de su trabajo «que» «cierto ha sido tenido en aquella estimación que las cosas que en el se tratan merecen» dió á luz su «Segunda parte del libro de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven al vso de Medicina. Do se trata del Tabaco y de la Sassafras y del Carlosanctoy de otras muchas Yeruas y Plantas, Simientes y Licores que nueuamente han venido de aquellas partes, de grandes virtudes y maravillosos efectos: Hecho por el Doctor Monardes Médico de Sevilla. 1571.»

Observando el autor que las dos partes anteriores «han sido tambien recibidas y estimadas en el mundo que para mejor aprovecharse dellas las han conuertido en Latin y muchas nasciones en sus propias lenguas, escribió su Tercera parte de la historia medicinal que trata de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven al vso de Medicina. Do se ponen muchas cosas Medicinales que tienen grandes secretos y virtudes. Agora nueuamente hecha por el mismo Doctor Monardes despues que se hizieron la primera y segunda. Sevilla 1574.»

Las partes 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> están ilustradas con láminas en la edición que de ellas posee el autor de estas líneas y las tres partes juntas forman la obra completa que se titula «Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina» Sevilla 1574.

Esta obra fué traducida á varios idiomas y de ella conocemos las ediciones siguientes. Sevilla 1565, 1569, 1574, 1580. = Burgos 1578 = Venecia (en italiano) 1569 y 1585 = Amberes (en latin) 1574 y 1579 y traducida al francés en 1619. Segun Luis Moreri y Arana de Varflora fué tambien traducida al inglés.

La primera parte está dedicada al Pontífice Gregorio XIII, la segunda á S. M. el Rey y al Illustrissimo Señor



Don Christoual de Rojas y Sandoual, Arçobispo de Sevilla, la tercera.

Pasemos pues á ocuparnos de la primera parte de la Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales y que sirven en Medicina.

En primer término nos habla el autor de las resinas Anime y Copal. Expone su historia natural, las distingue del Suceino, señala los puntos en que se producen y las virtudes de que gozan. Trata á continuación de la Tacamahaca y la Caraña exponiendo su historia con el mismo método y aconseja el uso de todas estas sustancias ya quemadas en fumigación ya localmente en los dolores nerviosos y articulares de caracter reumatoideo. Recomienda especialmente la Caraña como calmante del dolor aplicada sobre las *juncturas* en la gota *arthética* y en las heridas recientes. Todas estas resinas se extraen, dice, por incisiones en los árboles que las producen.

En el capítulo siguiente, habla del aceyte de la higuera del Infierno, así llamado por que se extrae de un árbol que semeja mucho nuestra higuera del infierno. Señala su modo de extracción y su acción resolutive en los tumores frios y sus efectos purgantes. Lo recomienda en la Hidropesía, en el ileón, en las hidrartrosis, en las ulceraciones antiguas y muy húmedas de la cabeza, lo enaltece como vermífugo y aun medio de corregir ciertas cicatrices así como los barros de la cara de las mugeres.

En el capítulo inmediato trata del Betumen que es, segun dice «negro como pez, de grave olor, del qual usan los Indios, en las enfermedades frias.» Agrega luego que se parece al Alquitrán que, segun su opinión personal, es la Napta de los antiguos, de la cual hay dos clases, una blanca y otra negra. La aconseja en casos semejantes á los anteriores.

Ocúpase luego del Liquidambar y de su aceite los que recomienda como tópicos calmantes y resolutivos: como carminativo resolutive de los infartos uterinos y emenagogo.

Expone á continuación las virtudes del Bálsamo que extraen los indios por incisión del tronco ó por sublimación en una infusión especial del árbol llamado Xilo. Dice

que se usa en Medicina intus et extra, y en Cirujia. Al interior la recomienda en las afecciones de la vejiga, en la dismenorrea, en algunas tisis y ciertas formas de esterilidad. Exteriormente lo vé indicado en las opilaciones del bazo, dolor de yjadas, en artralgias y en la ciática. En Cirujia dice que cura las heridas recientes por primera intención, siendo tambien eficaz en las que existe ya supuración. En las heridas de los nervios es maravillosa porque cura y sana más que otra cualquiera, prohibiendo el spasma que venga. Ensalza tambien su uso en las fiebres largas paroximales.

Al fin de este capítulo encómiase la llamada yerba de Juan Infante como astringente, hemostática y cicatrizante.

El capítulo en que trata del Guayacan, refiere el origen americano de la sífilis y las virtudes que para combatirla tiene este sudorífico, encomiando el palo santo en el tratamiento de las Hidropesías, asma, gota coral, afecciones renales, vexicales, articulares y sífilíticas, describiendo á continuación la raiz de China y sus efectos terapéuticos.

La çarçaparrilla es el asunto del capítulo siguiente sumamente interesante por cierto.

Ocúpase luego de la Piedra de sangre y de la piedra de Ijada, del palo para los males de los riñones y de orina, de la Pimienta de las Indias, de la cañafistola, de las avellanas, piñones y Hauas purgativas y de la leche de Pinipinichí.

Es interesantísimo el capítulo en que trata del Mechoacan ó Ruibarbo de las Indias. En él se ocupa de la riqueza y fertilidad de Mechoacan; de su historia, su situación topográfica; historia del descubrimiento del Ruibarbo de las Indias; cómo lo conoció y lo usó por vez primera Monardes; aplicación que en todas partes se hace de él y lo mucho que en él se gasta; de cómo es Colime la región en que más abunda, cómo llegó á Sevilla al Monasterio de San Francisco el grande; descripción del Mechoacan: elección de la planta; modos de administración; sus efectos; sus indicaciones en mal de Bulas y fiebres; dósís y despues de esta curiosa exposición en que no se

sabe que admirar más, si la lógica del método ó la sencillez y claridad de la expresión, dice así nuestro autor: «Tiene esta rayz, aliende de lo susodicho otras propiedades y obras ocultas que no alcançamos, que con el tiempo y vso della se sabran y descubrirán cada dia». Concluye tratando del sulphurbivo que recomienda en ciertas afecciones cutáneas, y del palo aromático.

Tal es la primera parte de la Historia medicinal cuyos capítulos hemos consignado uno por uno invirtiendo en ello más tiempo del que permite el cortísimo plazo de que podemos disponer. Nuestro gusto y deseo serian cumplidos si pudiésemos hacer esta exposición con más detenimiento aun anotando y hasta transcribiendo todo párrafo notable y todo pensamiento original, pero vista la imposibilidad de realizarlo, porque el tiempo apremia, nos contentaremos con transcribir los índices de capítulos de los libros segundo y tercero, sin exponer uno por uno, lo que casi equivale á trasladar á esta memoria la obra entera. Por otra parte, muévenos á hacerlo así la circunstancia de que el Programa impreso y repartido que ha llegado á nuestro poder, dá como tema, además de la biografía, el estudio crítico de las obras de N. Monardes, pero no la exposición y estudio crítico de las mismas.

Insertamos á continuación el índice de la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> parte de la Historia medicinal reservándonos para después el estudio crítico de todas.

*La segunda parte trata:* Del Tabaco=De la Sassafras=  
Del Carlo sancto=De las cuentas de Sancta Elena=Del Guacatane=De la cenadilla=La Epístola del Perú=De la sangre de Drago=Del Armadillo=De la flor del Mechocacan =Del fructo del Bálsamo=De la Pimienta luega=De la Çarçaparrilla de Guayaquil=Del Ambar gris =*La tercera parte trata:* De la Canela de nuestras Indias =Del Gengibre=Del Ruibarbo de Indias=De las Piñas =De las Guayauas=De los Cachos=De las flores de sangre=De la Corteza de vn árbol para reumas=Del Pacal =Del Payco=De la yerua para mal de riñones=De la fructa que se cria debaxo de tierra=Del fructo llamado Leucoma=De las Cuentas xaboneras=De los Cangrejos de aquella tierra=De los Cardones=De la yerua

para quebrados=De la Beruena=Del Mastuerço=De la Lechuguiya silvestre=Del Licor llamado Ambia=Del Arbol que muestra si vno ha de morir ó huir=De la Granadilla=De la Yerua del sol=De vn Betumen que se saca debaxo de tierra=De las Piedras Bezaares del Perú=De las Higueras del Perú=De la Coca=De los Colores diversos de tierra=Del Caçauí=De los Cañutos para el Asma =Del Carlo sancto=De la piedra para la madre. =De la Cañafistola en còserua=Del Bálsamo de Tolú.

Tal es la Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en medicina. No es ciertamente la mayor dificultad hacer la exposición de las materias contenidas en la obra, sino su juicio crítico que es lo que intencionadamente preceptua el Programa y lo que exige profundo conocimiento de la ciencia en aquella época, en épocas anteriores y en nuestros dias y un alto criterio para poder juzgar del valor absoluto y relativo de los trabajos de Monardes.

Desde luego es indudable que las investigaciones de nuestro autor se refieren ante todo á terapéutica; este es el fin último que como ciencia de aplicación se propone la Medicina. Monardes, espíritu progresista, deseoso de ensanchar los límites de la ciencia que cultiva, busca en el descubrimiento de nuevas tierras, localidades y climas origen de otros descubrimientos que vengán á ensanchar el arsenal de los medios curativos, como ensancharon aquellos para la ciencia geográfica los límites del mundo conocido llegando á formarse cabal idea de la verdadera configuración de nuestro planeta. Nuevas tierras, decíamos, nuevas latitudes, nuevos climas y dada la dependencia en que se hallan los seres respecto del medio que los rodea, nueva conformación de esos seres y á nueva conformación, nuevas propiedades. Este exacto concepto de la ciencia biológica se desprende claramente de la obra toda de Monardes, que busca con afán noticias de los países descubiertos, de su fama, de su flora y de sus minerales, seguro de hallar en ellos virtudes utilizables en la curación de las dolencias humanas. La materia médica de su época rica sí, en sustancias medicinales, pero po-brísima en agentes verdaderamente eficaces, justificaba

sobradamente esta ardorosa investigación y este afán del ilustre sevillano de ensanchar su esfera de acción. Pero no bastaba la posesión de una especie vegetal ó mineral para poder determinar á priori sus propiedades curativas; esto, podría entrar como factor en la investigación, como lo dice él mismo, cuando afirma que sus escritos se fundan en parte en la «complexión y calidad,» esto es, en la estructura y caracteres de los cuerpos ó productos empleados; mas ni entonces ni hoy basta el conocimiento de los caracteres organográficos, anatómicos, químicos ó físicos de una sustancia cualquiera, para colegir de aquí sus efectos fisiológicos y sus propiedades terapéuticas: estas no se deducen por el razonamiento, sino se inducen por la observación puramente casual y empírica y se aquilatan por el experimento intencionado, metódico y racional. No bastaba, pues, á Monardes la posesión del ejemplar; necesitaba una noción, por imperfecta que fuese de sus efectos fisiológicos y sus virtudes terapéuticas; y así solicitaba con afán le trajesen noticia de los casos en que los indios los usaban y de las propiedades que le atribuían. Una vez esto obtenido, sólo le faltaba la tercera condición, la del ensayo hecho por él mismo, esto es, la observación provocada que dice Cl. Bernard, la experimentación en una palabra. Llenos estos requisitos con la perfección posible, dados los tiempos y adelantos correspondientes, el estudio de la nueva especie estaba completo entonces como ahora, y completo lo dejaba Monardes al consignar que en sus escritos «parte dello aprendimos de los que de aquellas partes han venido que tienen noticia de ellas, parte se atribuye á sus complexiones y calidades y parte hauemos experimentado...»

Mas este afán ha debido tener dos limitaciones, una en el experimentar, otra en el inducir, y Monardes nunca intentó traspasarlas: si la ocasión no era realmente llegada; si aún la materia médica contaba con agentes conocidos, no debía intentarse el experimento de los nuevos; «yo le abominé el uso de semejantes medicinas nuevas de que no teníamos cosa alguna escripto ni sabido y persuadile se purgasse con las medicinas que acá teníamos, de que tanta experiencia y conocimiento auía y estaba

escrito della por sábios varones... quedó sano y sin ninguna enfermedad. Aun que me pareció bien el efecto no quedé satisfecho... hasta que á otros muchos les fué muy bien con él... Vistas sus buenas obras en tantos, comencé de vsarlo.... Y así en lo que yo experimenté acá, como en la relación y grande crédito de los que venían de Nueva España &, &.» No había, pues, en Monardes inmoderado, insensato afán de experimentar sin base, sin punto de partida fijo. Monardes no podía olvidarlo. *Ars longa, vita brevis..... EXPERIMENTUM PERICULOSUM.*

La otra limitación consiste en no dar por conocido nada en absoluto y definitivamente, sino esperar los frutos de nuevos ensayos que descubran «otras propiedades y obras ocultas que no alcanzamos, que con el tiempo y uso se sabrán y descubrirán cada día.» No es necesario encarecer la verdad de sus afirmaciones recordando v. g. los adelantos introducidos en la ciencia y en la anestésia local mediante un conocimiento más perfecto de la misma Coca que Monardes describió. Nuestro sevillano, al dar un paso en el camino del progreso, no creía haberlo hecho todo, y con profundo sentido científico esperaba siempre adelantos ulteriores.

Sus descripciones son claras, metódicas, completas, y si algún lunar puede en ellas encontrarse es más bien su candorosa ingenuidad y sencillez que su oscuridad y sutileza; resaltando en todas ellas como en todos sus escritos, una cualidad escesivamente rara en los hombres y más rara aún en los médicos, particularmente en nuestros vecinos de allende el Pirineo cuyas obras de esta época, y aún las contemporáneas, no están informadas por el más imparcial criterio de veracidad, que desaparece las más veces bajo exhuberantes petulancias y pretenciosas vanidades. Monardes, imparcial y verídico, ni refirió lo que ignoraba, ni desfiguró lo que había visto, y esta condición que hacía respetable en todas las naciones su ilustre nombre y que ha sido siempre característica de los médicos españoles, dá á sus obras y revela en el autor un espíritu sério y filosófico cuyos ideales no han sido oscurecidos por los progresos de los tiempos ni los adelantos de la ciencia.

No puedo menos de recordar lo que dicen respectivamente de la raíz de China, Monardes, Vesalio y Laguna. Para Monardes es esta planta útil en todas aquellas enfermedades en que el sudor abundante puede provocar una crisis saludable; para Vesalio que, siendo tan insigne, no llegó, ni pudo, ni debió llegar á desempeñar en España el primer papel que él se abrogaba, porque junto á él había aquí eminencias que le superaban, no en renombre y fama, sino en conocimientos anatómicos y destreza quirúrgica, para Vesalio, decíamos, que escribió una obra sólo de la raíz de China, es ésta una ánchora sagrada por sus fuerzas y propiedades; una especie de panacea tan universal, que casi bastaría ella sola para curarlo todo. Para nuestro Andrés Laguna era cargo de conciencia administrar remedio tan costoso, habiendo otras muchas sustancias indígenas, dotadas de las mismas propiedades. Después de esto comparece el discernimiento terapéutico del belga y de los dos españoles.

Podría censurarse la Historia medicinal de Monardes, fundándose en los débiles y casi nulos efectos terapéuticos de muchas de las sustancias que describe y que han caído por esta razón en el olvido en que hoy las contemplamos; pero esto como se comprende fuera injusto por demás. Considérese el tiempo transcurrido desde los orígenes de la ciencia hasta Monardes y se verá que en tan dilatado espacio, apenas se conquista algún que otro rarísimo medicamento que destaque su eficacia positiva entre el fárrago de simples inútiles que le rodeaban. Aún en nuestros días obsérvese el sinnúmero de productos que cruzan con efímera existencia por nuestras obras de materia médica y nuestras revistas científicas para caer en olvido perdurable y se comprenderá la imposibilidad de que un solo hombre y en una sola obra aporte á la terapéutica, tantos medicamentos heroicos como sustancias describa. Bastaría creemos que entre tantos medios quedase uno siquiera para hacer al autor objeto de nuestra más acendrada gratitud y esto lo ha conseguido sobradamente Monardes, en cuya obra se mencionan varios agentes que desde entonces acá ocupan puesto en todas las obras médicas, en todas las farmacopeas, en todas las oficinas

de farmacia y en muchas de las recetas que diariamente ordena el facultativo.

Podría también objetarse que aún siendo tantas las sustancias referidas por Monardes, sus efectos son muy semejantes entre sí; pero esta objeción carecería de todo valor. En primer lugar diremos que esto ha sucedido siempre; en segundo lugar que de esto no es responsable Monardes, quien no podía juzgar á priori de sus virtudes ni hacer más que referir imparcialmente lo que vió y sabía y en tercer lugar haremos notar que en nuestros días de cultura y progreso y entre tanto medicamento nuevo como aparece y se debate en las columnas de nuestros periódicos profesionales, apenas hay uno que no sea antitérmico ó antiséptico y dejamos el fenol y náftol y aristol para entrar con la antipirina, antifebrina y antitermina. La preocupación capital en nuestros días son los microbios; el temor capital en aquellos tiempos eran las bubas. Si es hoy gran progreso entre nosotros preocuparnos de los seres microscópicos, progreso era también y loable y natural preocuparse entonces de todo cuanto contribuyera á aniquilar la terrible infección que invadía la Europa.

En resúmen, Monardes se revela en esta obra como observador sagaz, clínico experto, escritor veraz, y sobre todo, como espíritu imparcial independiente y en último caso más inclinado siempre á seguir las indicaciones de la naturaleza que los cánones de una teoría en cuyos moldes debiera encerrarse por fuerza toda concepción científica y éste es uno de los mayores méritos que se descubren en nuestro insigne sevillano. La ciencia médica ha marchado siempre de exclusivismo en exclusivismo. Después que el gran Hipócrates fijó los principios que todos invocan y que pocos siguen, la medicina ha continuado siempre bajo el influjo de una teoría ó escuela filosófica más ó ménos errónea, pero absorbente y exclusiva, y ya humoristas, ya solidista, ya yatroquímica, ya vitalista, siempre ha visto el problema bajo un sólo prisma desdénando los restantes. Hoy que el positivismo, con razón, impera en filosofía, extiende su dominio también á las artes, á las letras y á las ciencias particulares, solo que los principios filosóficos mal comprendidos y peor

aplicados llevan por error ó por exageracion la disolucion á las artes, la muerte á las letras y el exclusivismo á la medicina. Las doctrinas llamadas parasitarias no significan otra cosa en rigor que el principio de la lucha por la existencia, aplicado á la patología, pero pensar que en esto solo ó casi solo se funda la Medicina y no mirar más que esta cara del problema, es incurrir en el mismo error suicida en que cayeron humoristas y solidistas, yatroquímicos y vitalistas; es olvidar que, además de la lucha por la existencia ó la concurrencia vital, hay otras muchas leyes que han envuelto al sér orgánico en su compleja trama para determinar como resultante el progreso y la evolucion.

6.<sup>a</sup> «Libro que trata de dos medicinas excelentísimas contra todo veneno; que son la piedra Bezaar y la yerua Escuerçonera. Do se ponen sus maravillosos efectos y sus grandes virtudes con la cura de los venenos y la órden que se ha de tener para guardarse dellos. Do se verán grandes secretos de Medicina y muchas experiencias. Agora nveamente compuesto por el Doctor Monarde. —En Sevilla.—En casa de Alonso Escriuano.—1574.» La primera edición se tiró en 1569. Hay otra de 1580. Están dedicadas á la Duquesa de Bejar, su cliente.

En esta obra pagó sin duda Monardes fatal tributo á las preocupaciones de su tiempo; tributo de que no siempre logran eximirse los hombres, por completo, sea cualquiera el talento que los adorne. En esta produccion nuestro autor, como tantas otras lumbreras de su tiempo, afirma y encomia las virtudes preciosas que la piedra Bezaar y la yerba escorzonera poseen para combatir toda clase de envenenamiento, considerándolas como antídotos generales de todos ellos. Avenzoar, el mismo Andrés Laguna, Amato Lusitano y otros muchos creyeron en las propiedades maravillosas que bajo este concepto se atribuian á las piedras Bezaares las cuales no son otra cosa que una especie de concreciones calcáreas á modo de cálculos, que se forman en las visceras del ciervo. Fué tanta la importancia concedida á estas concreciones al poco tiempo de su importación á España, que solian valer hasta cincuenta ducados si eran finas.

Hemos dicho y lo dice Monardes en su obra y lo repiten Chinchilla y Hernandez Morejon, que la piedra Bezaar es una especie de antídoto general. Como quien se encamina á probar esto, empieza Monardes este tratado definiendo qué sean venenos, qué síntomas producen una vez ingeridos, cómo obran, qué desórdenes despierta cada clase de veneno; los contravenenos conocidos; qué es piedra Bezaar, cómo se forma; en qué se distinguen las finas y verdaderas y qué autoridades encomian como él los efectos de la piedra Bezaar en el envenenamiento, citando á este fin á Conrado, Plinio, Andrea Belunensis, Serapio, Rasis, Hamech Abdalá, Abenzoar, Aberroes, Heliebes, Rabimoses, Avicena, Mathiólo, Laguna, Vallesco de Taranto, Ardonius, Amato, Nicoloflorentino, Juan Agrícola, Gerónimo Montero, Antonio Musa, Pedro de Ebano y Gesnero. Hasta este momento Monardes aparece como un secuaz de las ideas de su tiempo y hasta este momento son justas las censuras que le dirigimos; y lo son, porque hasta aquí no es Monardes quien habla sino que lo hacen por boca de él los autor escitados en los que pone nuestro compatriota toda su fé.

Pero, ya lo hemos dicho, Monardes era un experimentador; leia ante todo en el libro de la naturaleza; la verdad brotaba siempre de sus labios sin juicio preconcebido ni prevision del resultado, y al llegar el momento en que expone sus observaciones propias y los frutos de su experiencia personal, desaparece el sectario y brilla la razon imparcial en todo su esplendor.

Dicen Chinchilla y Hernandez Morejon que Monardes describe en esta obra varios casos de envenenamiento curados con la piedra Bezaar. No sabemos como leyeron estos biógrafos la obra de Monardes. Precisamente lo que encontramos de más notable y digno de alabanza en ella es que á pesar del título, del plan y del propósito de esta monografía, luego que llega á sus experiencias personales, no nos refiere un solo ejemplo en que la tal piedra haya curado un envenenamiento, sino solo accidentes de forma sincopal, extraños á la ingestion y absorcion de todo lo que Monardes define y se considera como veneno, é hijos al parecer de desórdenes de la inervacion. De

modo que la verdad se impone y al brotar sin aliño ni torcidas interpretaciones de los labios ó pluma del autor, la virtud socrática de la piedra Bezaar se oscurece, y la verdad del método experimental y la excelencia de la sinceridad científica resaltan. Monardes no demuestra lo que se proponía demostrar, pero retrata la verdad y esta es la apología mas encomiástica que podemos hacer de sus méritos y que cabe hacer de un experimentador y un médico.

No haremos notar la mucha lectura y erudición que Monardes revela en este escrito y que es pequeño merecimiento junto á los ya indicados.

En la segunda parte de este opúsculo trata de la yerba escorzonera y en verdad que el único caso que expone tampoco corrobora en este vegetal las propiedades de un verdadero antídoto. Más que un capítulo de materia médica, es esta obra, digan lo que quieran biógrafos y bibliógrafos un entretenido y curiosísimo capítulo de higiene encaminada especialmente á preservarse de los venenos, tanto de aquellos que pueden obrar por ingestión como por respiración de ellos «que de meter en la cámara carbon que se comienza á encender muchos há muerto dello.» Termina diciendo que el enfermo «sobre todo ha de procurar que el médico que tuviere cargo de su salud sea letrado y experimentado, discreto y de bué juyzio y que sea rico y de buena casta, que siendo desta manera no hará cosa que no deua.»

Sentimos que la escasez de tiempo de que disponemos no permita un análisis más detallado y la transcripción de algunos párrafos de esta producción llena de originalidad y buen sentido y que revela la bondad de carácter y delicadeza de ingenio de nuestro estudioso compatriota.

7.<sup>a</sup> «Diálogo del hierro y de sus grandezas y como es el mas excelente metal de todos y la cosa mas necesaria para seruício del hombre y de las grandes virtudes medicinales que tiene: Hecho por el Doctor Monardes. Medico de Seuilla. En Sevilla: en casa de Alonso Escriuano=1574.» La primera edición es de 1571. Traducida al latin se publicó en 1580 y al italiano en 1616.

Está dedicada á su cliente el Excelentísimo Sr. Duque de Alcalá &, casado segun manifiesta la dedicatoria con Doña Juana Cortés, hija del célebre Hernan Cortés, conquistador de Méjico.

Escribióla Monardes en forma de diálogo en el que intervienen un médico y un boticario; en que aquél encómiase las excelencias del hierro como muy superior al oro y plata por los usos que de el hacen la agricultura, la industria, las armas y la Medicina.

Estiéndese en la primera parte, en exponer las ideas conocidas entonces acerca del origen de los metales: habla de las minas de hierro de Vizcaya, Alemania, Flandes é Italia; de las diversas condiciones y calidades del hierro y del acero; de los yacimientos en que se halla hierro; del modo de preparar el acero en Italia y de los usos de ámbos desde la aguja de coser hasta la aguja imantada; de los modos de evitar y limpiar la Herrumbre y de las diferentes sustancias y objetos que se han utilizado como moneda. En la segunda parte consigna las opiniones de los autores que han considerado el hierro como frio y como caliente y establece concórdia entre ambas opiniones con un lujo de erudicion verdaderamente asombroso y que revela su laboriosidad, aplicacion y estudios. Dice varios modos de preparacion oficial prefiriendo el que consiste en limar el hierro, lavarlo con agua hasta que salga clara; ponerlo en vasija vidriada limpia con bastante vinagre fuerte y blanco y dejarlo así treinta ó cuarenta dias meneándolo bien dos veces por semana; secarlo á la sombra; molerlo en mortero de metal, pasándolo dos veces por cedazo espeso de seda y remolerlo aún hasta reducirlo á polvo impalpable guardándolo luego en vaso de vidrio. En cuanto á sus usos médicos, refiere que de él se hacen los instrumentos de cirujía y que está indicado en ciertas alopecías, en el fuego de San Antón, en panadizos y uñeros, en flujos leucorreicos, en ciertas úlceras recientes, en las hemorragias de las heridas; en ciertos infartos del brazo, en el flujo y úlceras hemorroidales en las fistulas, llagas y callosidades, en la disentería, en flaqueza de estómago, en los ménstruos excesivos, en el envenenamiento por el acónito, en los estados

de postración y abatimiento, en la procidencia del recto, en la debilidad genital, en los colores pálidos, en la obesidad, en los flujos en general, en la flojedad de las encías, en las hidropesias, en las caquexias y en ciertas formas de esterilidad, en todos los cuales casos obra ya directa, ya indirectamente, ya solo, ya mezclado con otras sustancias. Consigna luego el régimen que ha de seguirse durante su administracion prohibiendo entre otras cosas «comer cosa verde» y concluye manifestando la incredulidad que le producen los buenos efectos que proclaman algunos del oro en la melancolia y otras enfermedades.

Tal es, en conciso extracto el Diálogo del Hierro. Prescindamos de la multitud de preparaciones ferruginosas que hoy conoce la ciencia y que, en último término, son labor más propia del químico y del farmacéutico que del médico, hagamos caso omiso de las teorías dominantes acerca del *modus operandi* de los ferruginosos y ciñéndonos estrictamente al terreno clínico, dígasenos si respecto de las indicaciones de los marciales ha añadido la ciencia contemporánea mucho más á lo indicado tan magistralmente por Monardes. El método de exposicion, la invocación de las autoridades que en todos tiempos han escrito de este cuerpo; la profundidad de conocimientos que revela; el criterio eminentemente práctico que la informa y hasta la amenidad de la descripción hacen de esta obra, una de las monografías más completas y perfectas que poseemos en materia médica. Nada puede decirse que sobra y mucho ménos que falta en este trabajo, uno de los mejores que registra la bibliografía médica del siglo XVI y que tanto debió contribuir á enaltecer la figura y perpetuar el renombre del aprovechado discípulo de la Universidad de Alcalá de Henares.

8.<sup>a</sup> «Libro que trata de la nieve y sus propiedades y del modo que se ha de tener en el beber enfriado con ella y de los otros modos de enfriar; con otras curiosidades que darán contento por las cosas antiguas y dignas de saber que acerca de esta materia en él se verán: Hecho por el Doctor Monardes, Médico de Sevilla=Sevilla 1571=

1574=1580.» Fué traducido al italiano en 1616. Segun Chinchilla está dedicado al Doctor Bernardo de Quirós, Médico de Cámara de S. M. y protomédico de los reinos de España. En la edicion que poseemos está dedicado al Ilustrissimo Señor Conde de Barajas Asistente de Sevilla &. Y es curiosa la dedicatoria en que hace mencion de las mejoras introducidas por este en su ciudad natal.

Expone primero Monardes qué cosa sea la nieve, dónde y cómo se forma, cuándo es oportuna su ingestión, quiénes son los que han de beber frio, las cuatro maneras de enfriar el agua, inconvenientes y ventajas de cada uno de estos medios, indicaciones terapéuticas de la nieve y agua fria, su accion analgésica local, su acción sedante aplicada á la region precordial, sus ventajas en la atonía gástrica, en los vómitos, sus usos como bebida, sus contraindicaciones y la importación que desde Sierra Nevada se hacia á Sevilla.

En esta obra nada hallamos que estudios y experiencias posteriores no hayan venido á confirmar. Se dá hoy mejor razon de los hechos, pero no se puede invalidar uno solo de los que refiere Monardes ni de los razonamientos en que se apoyó. A España ha tocado la gloria de ser la nacion primera que ha hecho patentes los beneficios del agua en sus diversos estados y sus usos quirúrgicos y médicos. Precisamente Sevilla ha sido la cuna de los tres varones ilustres que han llevado á cabo esta obra. En Cirugía nuestro Hidalgo de Agüero fue el primero que condenó el empleo de los ungüentos y bálsamos mas ó menos fermentescibles con que se cubrian la soluciones de continuidad y preconizó el uso esclusivo del agua en las heridas, particularmente en las de cabeza con lo cual dió un paso de gigante hácia la desinfeccion de las superficies cruentas. Nuestro Monardes escribió la valiosa monografía de que hacemos mérito y posteriormente nuestro compatriota Ortiz Barroso con su magnífica obra «Uso y abuso del agua» fué verdaderamente el que echó los cimientos de la hidroterapia moderna constituida como ciencia.

El tiempo nos apremia y no nos deja espacio para dar

á esta reseña toda la extension que deseáramos. Para terminar diremos que no son estas las únicas obras de Monardes por mas que fueron las únicas publicadas. Nos fundamos en las palabras siguientes del impresor de «Las Drogas de Indias» escritas en el prologo de la obra. Dicen así, refiriéndose á Monardes; «Pudiera daros ansí mismo una *parafrasy* que tiene hecha sobre la cuarta sen del primero de Avicena y un diálogo de la *cuartana* que allende de la buena gracia y estilo que tiene trata cosas á la materia tocantes de mucha doctrina y un diálogo del *pelegrino* dó se tratan cosas curiosas y varias de diversos estados. Estas tres postreras no han salido á luz, saldrán con otras que tiene el autor comentadas que sé que darán contento á todos.»

Probablemente nunca llegaron á publicarse estas obras ni autor alguno habla de ellas, ni á nosotros nos es posible hacerlo.

Sí podemos dar un dato curioso que en ningun impreso hemos visto y que acaso haya sido leído en algun original de estas obras no publicadas. Y en efecto, en los apuntes y materiales de un distinguido catedrático del antiguo Colegio de Cádiz, que preparaba una historia de la medicina española se consigna en un manuscrito inédito que Nicolás Monardes fué uno de los primeros descriptores de la angina maligna ó gangrenosa, que hoy llamamos diftérica, la cual, como es sabido, fué descrita antes que por nadie, por los médicos españoles.

Tambien se debe á Monardes la impresion de la curiosa obra «Medicina Sevillana» de nuestro Juan de Avignon, cuyo manuscrito, que data de 1353, época anterior á la invencion de la imprenta, fué dado á luz en 1545 casi dos siglos despues, por nuestro biografiado, precedido de un prólogo suyo lleno de originalidad y dedicado al Cabildo de la Ciudad de Sevilla. Posteriormente en 1885 ha sido reimpresso por la sociedad de Bibliófilos Andaluces precedida de un prólogo de D. Javier Lasso de la Vega y Cortezo.

En resúmen, Nicolás Monardes, observador concienzudo, clínico prudente, escritor veráz, activo publicista,

hombre modesto, médico sábio, infatigable investigador y propagandista entusiasta de sus conocimientos, abrió nuevos horizontes á la ciencia, proporcionó nuevos consuelos á los que sufren, hizo sonar su nombre español en todos los confines del mundo civilizado y habiendo servido con tanta gloria á la ciencia, á la humanidad y á la patria contrajo títulos sobrados para que en nuestros dias lo recuerde con orgullo el Ateneo y Sociedad de Excursiones y rinda en este Certamen su homenaje de admiracion al ínclito sevillano, autor de la Historia medicinal.





